



VISIÓN BÍBLICA OFICIAL

DECLARACIÓN DE FE OFICIAL

Una iglesia edificada sobre Cristo, gobernada por su Palabra y dedicada a la gloria de Dios

“Porque de él, por él y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén”.

Romanos 11:36

Preámbulo confesional

Nosotros, como iglesia local de Jesucristo, confesamos públicamente estas verdades para glorificar al Dios trino, preservar la sana doctrina, proteger a la congregación del error, instruir a los creyentes, mantener la unidad de la fe y transmitir fielmente el evangelio a las generaciones venideras.

Esta Declaración de Fe no posee autoridad propia ni ocupa un lugar igual o superior a las Sagradas Escrituras. Es un resumen ordenado de las doctrinas que creemos que la Biblia enseña. Nuestra autoridad final no es una tradición, denominación, institución o maestro humano, sino únicamente la Palabra inspirada, inerrante, suficiente e inmutable de Dios.

Confesamos estas verdades no solo para comprenderlas intelectualmente, sino para contemplar la gloria de Dios, descansar en la suficiencia de Cristo, caminar en el poder del Espíritu Santo y vivir en santidad, comunión, adoración y misión.

“Retén la forma de las sanas palabras que de mí oíste, en la fe y amor que es en Cristo Jesús”.

2 Timoteo 1:13

I. DIOS Y SU REVELACIÓN

1. La gloria de Dios: propósito supremo de todas las cosas

Creemos que el propósito supremo de la creación, la providencia, la redención, la Iglesia, la historia y la consumación final es la manifestación de la gloria de Dios.

Todas las cosas proceden de Él, subsisten por medio de Él y existen para Él. El Padre escogió a su pueblo para alabanza de la gloria de su gracia; el Hijo lo redimió para manifestar las riquezas de su misericordia; y el Espíritu Santo aplica la salvación para glorificar a Cristo.

La vida cristiana encuentra su propósito más alto cuando el creyente conoce, contempla, adora, disfruta y proclama la gloria del Dios trino.

Textos bíblicos: Isaías 43:7; Romanos 11:36; 1 Corintios 10:31; Efesios 1:6,12,14; Colosenses 1:16; Apocalipsis 4:11.

Confesamos: que todo existe para la gloria de Dios.

Rechazamos: toda visión centrada en la exaltación y autonomía del ser humano.

Adoramos: al Dios que es infinitamente digno de toda honra.

Vivimos: procurando glorificarlo en cada pensamiento, palabra y acción.

2. Las Sagradas Escrituras

Creemos que los sesenta y seis libros de la Biblia constituyen la Palabra escrita de Dios. Fueron inspirados verbal y plenariamente por el Espíritu Santo mediante autores humanos, sin destruir sus personalidades, estilos o circunstancias históricas.

En sus escritos originales, las Escrituras son totalmente inerrantes, infalibles y verdaderas en todo cuanto afirman. Son suficientes, claras en su mensaje central, necesarias para conocer el camino de salvación y supremamente autoritativas en toda cuestión de fe, doctrina, adoración, ética y conducta.

La Biblia debe interpretarse mediante un método histórico-gramatical, atendiendo al propósito del autor, el contexto, el género literario y el desarrollo de la revelación. Cada texto posee un significado objetivo determinado por su autor, aunque de él puedan derivarse múltiples aplicaciones legítimas.

Ninguna tradición, experiencia, profecía contemporánea, revelación privada, filosofía, ideología o autoridad religiosa puede igualar, corregir o superar las Escrituras.

Textos bíblicos: Salmo 19:7–11; 119:89, 105,160; Isaías 40:8; Mateo 5:18; Juan 17:17; 2 Timoteo 3:15–17; Hebreos 4:12; 2 Pedro 1:19–21.

Confesamos: la inspiración, inerrancia, infalibilidad, autoridad y suficiencia de la Biblia.

Rechazamos: toda pretendida revelación que compita con la Palabra de Dios.

Adoramos: al Dios que se ha dado a conocer con verdad y claridad.

Vivimos: escuchando, estudiando, creyendo, obedeciendo y proclamando su Palabra.

3. El único Dios verdadero

Creemos que existe un solo Dios vivo y verdadero, perfecto en su ser y en todas sus obras. Dios existe por sí mismo y no depende de nada ni de nadie. Es espíritu, infinito, eterno, inmutable, incomprensible, omnipotente, omnisciente y omnipresente.

Dios es absolutamente santo, justo, verdadero, sabio, bueno, amoroso, misericordioso, paciente y fiel. Sus atributos no compiten ni se contradicen: su amor es santo; su ira es justa; su gracia es soberana; y su misericordia nunca anula su justicia.

Dios posee en sí mismo toda vida, gloria, bondad y bienaventuranza. Él es digno de nuestra adoración, confianza, amor, obediencia y deleite.

Textos bíblicos: Éxodo 3:14; 15:11; Salmo 90:2; 115:3; 139:1–12; Isaías 6:1–5; 40:12–28; Malaquías 3:6; Santiago 1:17; 1 Juan 4:8.

4. La Santa Trinidad

Creemos que el único Dios verdadero existe eternamente en tres personas distintas: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

El Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios. Sin embargo, no son tres dioses, sino un solo Dios, indivisible en esencia. Cada persona posee plenamente la misma naturaleza divina y comparte eternamente los mismos atributos, gloria y majestad.

El Padre no es el Hijo; el Hijo no es el Espíritu; y el Espíritu no es el Padre. Las personas divinas son realmente distintas, pero nunca están divididas en esencia, voluntad, poder o propósito.

Las tres personas obran inseparablemente en la creación, providencia y redención, aunque se distinguen en sus relaciones y operaciones: el Padre planea la redención, el Hijo la realiza y el Espíritu Santo la aplica.

Textos bíblicos: Deuteronomio 6:4; Mateo 3:16–17; 28:19; Juan 1:1–3; 10:30; Hechos 5:3–4; 2 Corintios 13:14; Efesios 1:3–14.

Contemplamos: un solo Dios en tres personas, eternamente glorioso, perfectamente unido e infinitamente digno de adoración.

5. Dios Padre

Creemos en Dios Padre, primera persona de la Trinidad, quien ordena y dispone todas las cosas conforme al consejo perfecto de su voluntad.

El Padre gobierna soberanamente la creación, la providencia, la redención y el juicio. En la eternidad escogió en Cristo a un pueblo para sí, lo predestinó para adopción y entregó al Hijo para su redención.

Su paternidad espiritual pertenece de manera salvadora a quienes han sido adoptados por medio de Jesucristo. Él disciplina amorosamente a sus hijos, escucha sus oraciones, suplende sus necesidades y los preserva hasta la gloria.

Textos bíblicos: Salmo 103:19; Mateo 6:9–13; Juan 6:37–40; Romanos 8:14–17; Efesios 1:3–6,11; Hebreos 12:5–11.

II. CREACIÓN, PROVIDENCIA Y HUMANIDAD

6. La creación

Creemos que Dios creó los cielos, la tierra y todo cuanto existe, de la nada, por medio de su palabra poderosa y para su propia gloria.

La creación no es producto del azar, de fuerzas impersonales ni de un proceso autónomo. Dios creó todos los seres vivos según su diseño soberano y creó directa y especialmente al primer hombre y a la primera mujer.

Toda la creación era originalmente buena y permanece dependiente de Dios para su existencia, orden y preservación.

Textos bíblicos: Génesis 1–2; Éxodo 20:11; Salmo 33:6–9; Juan 1:3; Colosenses 1:16–17; Hebreos 11:3; Apocalipsis 4:11.

7. La providencia y soberanía de Dios

Creemos que Dios sostiene, dirige y gobierna soberanamente todas sus criaturas, acciones y acontecimientos, desde los más grandes hasta los aparentemente insignificantes.

Nada ocurre fuera de su conocimiento, decreto y gobierno providencial. Sin embargo, Dios no es autor del pecado, no aprueba la maldad ni elimina la responsabilidad moral de sus criaturas.

En su sabiduría inescrutable, Dios puede gobernar incluso las acciones pecaminosas de los seres humanos para cumplir sus propósitos santos, sin participar de su maldad.

Textos bíblicos: Génesis 50:20; Salmo 103:19; Proverbios 16:9,33; Isaías 46:9–10; Hechos 2:22–23; 4:27–28; Efesios 1:11; Santiago 1:13–17.

Confesamos: que Dios reina absolutamente.

Rechazamos: el fatalismo, el azar soberano y la idea de un Dios impotente.

Descansamos: en que ninguna aflicción escapa de sus manos.

Vivimos: confiando en su sabiduría aun cuando no comprendemos sus caminos.

8. La humanidad y la imagen de Dios

Creemos que Dios creó directamente al ser humano, varón y mujer, a su imagen y semejanza, con igual dignidad, valor moral y responsabilidad delante de Él.

La imagen de Dios distingue a los seres humanos del resto de la creación y fundamenta la dignidad sagrada de toda vida humana, desde la concepción hasta la muerte natural.

Dios creó al hombre y a la mujer con igual valor, pero con funciones complementarias en la familia y en la Iglesia. Ambos fueron creados para conocer a Dios, representarlo en la creación, vivir bajo su autoridad y disfrutar de comunión con Él.

Textos bíblicos: Génesis 1:26–28; 2:7,18–25; 5:1–2; 9:6; Salmo 8:3–8; Santiago 3:9.

9. El matrimonio, la familia y la sexualidad

Creemos que Dios creó al ser humano inmutablemente como varón o mujer, y que el sexo biológico forma parte de su buen diseño creador.

El matrimonio fue instituido por Dios como una unión exclusiva, pública y permanente de pacto entre un hombre y una mujer. Fue diseñado para la compañía, la pureza sexual, la procreación, la formación de los hijos y la representación visible de la relación entre Cristo y su Iglesia.

Toda intimidad sexual fuera del matrimonio bíblico contradice el diseño de Dios y requiere arrepentimiento. Al mismo tiempo, proclamamos que el evangelio ofrece perdón, limpieza, nueva identidad y restauración a todo pecador que se arrepiente y viene a Cristo.

Los padres son responsables de criar a sus hijos en la disciplina y amonestación del Señor, enseñándoles mediante la Palabra y el ejemplo.

Textos bíblicos: Génesis 1:27–28; 2:18–25; Deuteronomio 6:4–9; Mateo 19:4–6; Romanos 1:24–27; 1 Corintios 6:9–11,18–20; Efesios 5:22–33; 6:1–4; Hebreos 13:4.

III. EL PECADO Y LA CONDENACIÓN

10. La caída y la depravación humana

Creemos que Adán fue creado inocente, pero desobedeció voluntariamente el mandato de Dios. Como cabeza y representante de la humanidad, su pecado trajo culpa, corrupción, separación de Dios y muerte sobre todos sus descendientes.

Desde la concepción, todo ser humano posee una naturaleza caída y está inclinado al pecado. El pecador no está tan corrompido como podría llegar a estar, pero el pecado afecta la totalidad de su ser: mente, afectos, voluntad, conciencia y cuerpo.

El ser humano natural está espiritualmente muerto, es esclavo del pecado, hostil a Dios e incapaz de salvarse o contribuir meritoriamente a su salvación. Permanece bajo la justa ira y condenación divina.

Textos bíblicos: Génesis 3:1–19; Salmo 51:5; Jeremías 17:9; Juan 3:19–20; Romanos 3:9–18,23; 5:12–19; 8:7–8; Efesios 2:1–3.

Confesamos: nuestra absoluta necesidad de la gracia.

Rechazamos: que el ser humano sea moralmente neutral o pueda salvarse a sí mismo.

Reconocemos: que nuestro problema fundamental no es ambiental, político o psicológico, sino nuestra rebelión contra Dios.

Acudimos: a Cristo como nuestra única esperanza.

11. La ley y el evangelio

Creemos que la ley de Dios expresa su carácter santo, revela su voluntad, expone el pecado y condena justamente al transgresor. Ningún pecador puede ser justificado mediante las obras de la ley.

La ley conduce al ser humano al reconocimiento de su culpa y de su necesidad de Cristo. El evangelio anuncia la buena noticia de lo que Dios realizó gratuitamente mediante la vida, muerte y resurrección de Jesucristo.

La obediencia del creyente nunca constituye la base de su justificación. Es el fruto de haber sido salvado, unido a Cristo y capacitado por el Espíritu Santo.

Rechazamos tanto el legalismo, que pretende obtener aceptación mediante las obras, como el antinomianismo, que utiliza la gracia como excusa para permanecer en el pecado.

Textos bíblicos: Romanos 3:19–28; 7:7–13; Gálatas 2:16; 3:10–14,24; Efesios 2:8–10; Tito 2:11–14.

IV. LA PERSONA Y OBRA DE JESUCRISTO

12. Jesucristo, Dios Hijo

Creemos que Jesucristo es eternamente Dios Hijo, de una misma esencia con el Padre. Todas las cosas fueron creadas por medio de Él, subsisten en Él y existen para su gloria.

En el cumplimiento del tiempo, el Hijo eterno asumió una naturaleza humana verdadera, siendo concebido sobrenaturalmente por el Espíritu Santo y nacido de la virgen María.

Jesucristo es una sola persona con dos naturalezas completas, divina y humana, sin confusión, cambio, división ni separación. Es verdaderamente Dios y verdaderamente hombre, impecable y para siempre.

Cristo es el centro de las Escrituras, el cumplimiento de las promesas de Dios, el postrer Adán, el verdadero Israel, el gran Profeta, el perfecto Sumo Sacerdote y el Rey soberano.

Textos bíblicos: Isaías 7:14; 9:6; Mateo 1:18–25; Lucas 1:35; 24:25–27,44–47; Juan 1:1–3,14,18; 5:39; Colosenses 1:15–20; 2:9; Hebreos 1:1–3.

13. La vida y obediencia perfecta de Cristo

Creemos que Jesucristo vivió una vida de perfecta obediencia al Padre y cumplió completamente la ley de Dios en lugar de su pueblo.

Nunca cometió pecado en pensamiento, palabra, deseo ni acción. Fue tentado verdaderamente, pero permaneció absolutamente santo.

Su obediencia activa —su cumplimiento perfecto de la ley— y su obediencia hasta la muerte —su entrega voluntaria bajo la maldición— constituyen una obra redentora indivisible y perfecta.

Textos bíblicos: Mateo 3:15; Juan 4:34; 8:29,46; Romanos 5:18–19; Gálatas 4:4–5; Filipenses 2:7–8; Hebreos 4:15; 1 Pedro 2:22.

14. La muerte sustitutiva y expiatoria de Cristo

Creemos que Jesucristo murió voluntariamente en la cruz como representante, sustituto y sacrificio expiatorio por los pecadores.

En la cruz, nuestros pecados fueron imputados a Cristo. Él soportó en nuestro lugar la justa ira de Dios, satisfizo plenamente las demandas de la justicia divina, llevó nuestra maldición, obtuvo el perdón y aseguró una redención eterna para su pueblo.

Su muerte fue sustitutiva, penal, propiciatoria, reconciliadora, redentora, suficiente, definitiva e irrepetible. Nada puede añadirse a la obra consumada de Cristo.

Textos bíblicos: Isaías 52:13–53:12; Marcos 10:45; Romanos 3:24–26; 5:6–11; Gálatas 3:13; 2 Corintios 5:21; Colosenses 2:13–15; Hebreos 9:11–14,26–28; 10:10–14; 1 Pedro 2:24; 3:18.

15. La doble imputación

Creemos que en el evangelio acontece un glorioso intercambio judicial:

- * Nuestros pecados fueron imputados a Cristo, quien recibió su castigo.
- * La justicia perfecta de Cristo es imputada al creyente, quien es aceptado delante de Dios.

Dios no declara justo al creyente porque encuentre justicia propia en él, sino porque lo contempla unido a Cristo y vestido con la justicia del Salvador.

Cristo fue tratado como si hubiera vivido nuestra vida pecaminosa, para que nosotros fuéramos aceptados como si hubiéramos vivido su vida perfectamente justa.

Textos bíblicos: Isaías 53:5–6; Romanos 4:5–8; 5:18–19; 2 Corintios 5:21; Filipenses 3:8–9; 1 Pedro 2:24.

Contemplamos: al Santo ocupando el lugar de los culpables.

Descansamos: no en nuestra justicia, sino en la justicia perfecta de Cristo.

Rechazamos: toda confianza en nuestros méritos religiosos.

Vivimos: agradecidos, seguros y comprometidos con la santidad.

16. La resurrección, ascensión y señorío de Cristo

Creemos que Jesucristo resucitó física, literal y gloriosamente de entre los muertos al tercer día.

Su resurrección confirmó su identidad divina, manifestó la aceptación de su sacrificio, aseguró la justificación de los creyentes y garantiza su futura resurrección corporal.

Cristo ascendió visiblemente al cielo, está sentado a la diestra del Padre, intercede por sus redimidos y gobierna como Señor sobre la Iglesia, las naciones, la historia y toda la creación.

Textos bíblicos: Mateo 28:5–7,18; Lucas 24:36–43; Hechos 1:9–11; Romanos 1:4; 4:25; 1 Corintios 15:3–8,20–23; Efesios 1:20–23; Hebreos 1:3.

17. Cristo, único mediador e intercesor

Creemos que Jesucristo es el único mediador entre Dios y los seres humanos. Por medio de su sacrificio, sacerdocio e intercesión, todos los que se acercan a Dios por Él reciben acceso completo al Padre.

Ningún santo, ángel, sacerdote, pastor, institución religiosa o ser creado puede compartir su oficio exclusivo ni añadir algo a su mediación perfecta.

Cristo vive eternamente para interceder por los suyos y puede salvar perpetuamente a quienes por Él se acercan a Dios.

Textos bíblicos: Juan 14:6; Hechos 4:12; 1 Timoteo 2:5–6; Hebreos 4:14–16; 7:23–28; 9:15; 1 Juan 2:1–2.

V. EL ESPÍRITU SANTO Y LA SALVACIÓN

18. La persona y obra del Espíritu Santo

Creemos que el Espíritu Santo es una persona divina, eterna y plenamente Dios. Posee intelecto, voluntad y afectos; enseña, guía, habla, convence y puede ser entristecido.

El Espíritu glorifica a Cristo, convence al mundo de pecado, justicia y juicio, inspira las Escrituras, regenera al pecador, concede fe, une al creyente con Cristo, mora permanentemente en él, lo sella para el día de la redención y lo capacita para vivir en santidad y servicio.

Textos bíblicos: Juan 3:5–8; 14:16–17,26; 15:26; 16:7–15; Hechos 5:3–4; Romanos 8:9–16; 1 Corintios 2:10–13; Efesios 1:13–14; 4:30.

19. La elección soberana

Creemos que, antes de la fundación del mundo, Dios escogió soberana, libre e incondicionalmente en Cristo a quienes salvaría.

Esta elección no se basó en obras previstas, méritos humanos, decisiones anticipadas ni superioridad moral, sino únicamente en el propósito misericordioso de Dios.

La elección divina no elimina la responsabilidad humana ni hace innecesaria la evangelización. Dios ordena tanto el fin —la salvación de sus escogidos— como los medios: la predicación del evangelio, el arrepentimiento y la fe.

La doctrina de la elección humilla al pecador, exalta la gracia, produce adoración y asegura que toda la gloria de la salvación pertenece a Dios.

Textos bíblicos: Juan 6:37–44; Hechos 13:48; Romanos 8:28–30; 9:10–24; Efesios 1:3–6; 2 Tesalonicenses 2:13–14; 2 Timoteo 1:9.

20. El llamamiento del evangelio y el llamamiento eficaz

Creemos que Dios manda sinceramente a todas las personas, en todo lugar, que se arrepientan y crean en Jesucristo. La Iglesia debe proclamar gratuitamente el evangelio a todas las naciones, llamando a cada pecador a venir a Cristo.

Distinguimos entre:

- * El llamamiento externo del evangelio, dirigido a todos los que escuchan.
- * El llamamiento interno y eficaz del Espíritu, mediante el cual Dios abre el corazón, vence la resistencia pecaminosa y lleva voluntariamente al pecador a Cristo.

Todo aquel que viene a Cristo será recibido; y todo aquel que verdaderamente viene lo hace porque el Padre lo atrajo mediante su gracia.

Textos bíblicos: Isaías 55:1–7; Mateo 11:28; 22:14; Juan 6:37,44; Hechos 16:14; 17:30; Romanos 8:30; 10:13–17; Apocalipsis 22:17.

21. La regeneración

Creemos que la regeneración o nuevo nacimiento es una obra instantánea, sobrenatural y soberana del Espíritu Santo, mediante la cual concede vida espiritual al pecador muerto.

La regeneración no es producida por la voluntad humana, el bautismo, la membresía eclesial o una ceremonia religiosa. En ella, Dios quita el corazón de piedra, concede un corazón nuevo, ilumina la mente, renueva la voluntad y produce afectos santos.

Sus frutos inevitables son el arrepentimiento, la fe, el amor a Cristo, el deseo de obedecer y una vida progresivamente transformada.

Textos bíblicos: Ezequiel 36:25–27; Juan 1:12–13; 3:3–8; Efesios 2:1–5; Tito 3:3–7; 1 Pedro 1:3,23.

22. El arrepentimiento y la fe salvadora

Creemos que el arrepentimiento y la fe son gracias inseparables que Dios concede al pecador mediante el evangelio.

El arrepentimiento verdadero incluye una comprensión bíblica del pecado, tristeza por haber ofendido a Dios, confesión sincera y un cambio de dirección por el cual el pecador se vuelve de sus ídolos hacia Dios.

La fe salvadora no es una mera aceptación intelectual de ciertos hechos ni una decisión emocional pasajera. Consiste en recibir, abrazar y descansar exclusivamente en Jesucristo como Señor, Salvador y Tesoro supremo.

Aunque el arrepentimiento y la fe nunca alcanzan perfección absoluta en esta vida, producen frutos visibles de obediencia y perseverancia.

Textos bíblicos: Marcos 1:14–15; Juan 1:12; Hechos 2:37–38; 11:18; 20:21; Romanos 10:9–10; Efesios 2:8–9; 2 Timoteo 2:25–26.

23. La justificación solamente por la fe

Creemos que la justificación es un acto judicial, inmediato, gratuito y definitivo de Dios, mediante el cual perdona todos los pecados del creyente y lo declara justo delante de Él.

La justificación no se basa en una justicia inherente, en obras humanas, sacramentos, méritos religiosos o transformación moral. Se fundamenta exclusivamente en la justicia de Cristo imputada al creyente y se recibe solamente por la fe.

La fe no merece la justificación; es la mano vacía que recibe a Cristo y su justicia.

Dios permanece perfectamente justo mientras justifica al impío que cree en Jesús, porque la deuda fue pagada y la justicia satisfecha en la cruz.

Textos bíblicos: Romanos 3:21–28; 4:4–8; 5:1,9,18–19; 8:1,33–34; Gálatas 2:16; Filipenses 3:8–9.

24. La adopción

Creemos que todos los que son justificados por la fe también son adoptados gratuitamente en la familia de Dios.

Por medio de Cristo, reciben el nombre y los privilegios de hijos; el Espíritu de adopción; acceso confiado al Padre; su cuidado providencial; su disciplina amorosa; comunión con los santos; y una herencia eterna e incorruptible.

La adopción transforma nuestra relación con Dios: el Juez que nos justificó es también el Padre que nos ama, disciplina, consuela y preserva.

Textos bíblicos: Juan 1:12–13; Romanos 8:14–17; Gálatas 4:4–7; Efesios 1:4–5; Hebreos 12:5–11; 1 Juan 3:1–3.

Contemplamos: la gracia que no solamente perdona criminales, sino que los recibe como hijos.

Descansamos: en el amor paternal de Dios.

Vivimos: con confianza, gratitud, obediencia y esperanza.

25. La unión con Cristo

Creemos que la unión espiritual, vital e inseparable con Cristo es el corazón de la experiencia de salvación.

Por obra del Espíritu Santo, el creyente es unido a Cristo y participa de todos los beneficios de su obra redentora:

- * En Cristo fue escogido.
- * Con Cristo murió al pecado.
- * Con Cristo resucitó a una vida nueva.
- * En Cristo es justificado.
- * Por Cristo es adoptado.
- * En Cristo está siendo santificado.
- * Con Cristo será glorificado.

La salvación no consiste solamente en recibir dones de Cristo, sino en pertenecer a Cristo, vivir en Cristo y hallar en Él nuestra vida, justicia, sabiduría, santidad y esperanza.

Textos bíblicos: Juan 15:1–5; Romanos 6:1–11; 8:1; 1 Corintios 1:30; 6:17; Gálatas 2:20; Efesios 1:3–14; Colosenses 3:1–4.

26. La santificación

Creemos que la santificación posee un aspecto definitivo y otro progresivo.

En la santificación definitiva, todo creyente es apartado para Dios por su unión con Cristo. En la santificación progresiva, el Espíritu Santo transforma continuamente al creyente a la imagen de Cristo mediante la Palabra, la oración, la comunión, las pruebas y los demás medios de gracia.

Aunque el creyente continúa luchando contra el pecado, ya no vive bajo su dominio absoluto. La santidad no es la causa de la salvación, sino su fruto necesario.

La verdadera gracia no produce perfección instantánea, pero sí una nueva dirección: arrepentimiento continuo, amor creciente por Cristo, guerra contra el pecado y obediencia perseverante.

Textos bíblicos: Juan 17:17; Romanos 6:1–14; 8:12–14,29; 2 Corintios 3:18; Filipenses 2:12–13; 1 Tesalonicenses 4:3; Hebreos 12:14; 1 Pedro 1:14–16.

27. La perseverancia y seguridad de los creyentes

Creemos que todos los que han sido verdaderamente regenerados serán preservados por el poder de Dios y perseverarán en la fe hasta el fin.

La seguridad del creyente descansa en la elección del Padre, la obra consumada del Hijo, la intercesión de Cristo, el sello del Espíritu y las promesas inmutables de Dios.

Esta seguridad no concede licencia para pecar. Quienes pertenecen verdaderamente a Cristo continúan en la fe, se arrepienten cuando pecan y producen fruto espiritual.

La perseverancia no es la causa meritoria de la salvación, sino la evidencia necesaria de una salvación verdadera.

Textos bíblicos: Juan 6:37–40; 10:27–30; Romanos 8:28–39; Filipenses 1:6; Hebreos 7:25; 1 Pedro 1:3–5; 1 Juan 2:19.

28. El orden de la salvación

Confesamos que la salvación es una obra indivisible del Dios trino:

1. El Padre escogió a su pueblo en Cristo.
2. Cristo obtuvo su redención mediante su vida, muerte y resurrección.
3. El Espíritu llama eficazmente y regenera.
4. El pecador responde con arrepentimiento y fe.
5. Dios lo justifica y adopta.
6. El Espíritu lo santifica.
7. Dios lo preserva.
8. Finalmente, será glorificado con Cristo.

“Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó”.

Romanos 8:30

Desde la elección eterna hasta la glorificación final, la salvación pertenece enteramente al Señor.

VI. LA IGLESIA DE JESUCRISTO

29. La Iglesia universal y local

Creemos que la Iglesia universal está compuesta por todos los verdaderos creyentes que han sido regenerados por el Espíritu, unidos a Cristo y bautizados por el Espíritu en un solo cuerpo.

La Iglesia universal se hace visible en congregaciones locales de discípulos profesantes, bautizados y comprometidos unos con otros para perseverar en:

- * La doctrina apostólica.
- * La comunión de los santos.
- * La oración.
- * La adoración.
- * Las ordenanzas.
- * La disciplina.
- * El servicio.
- * La evangelización.
- * La misión mundial.

Cristo es el fundador, Salvador, cabeza, Señor y esposo de la Iglesia. Ningún individuo, gobierno o institución posee autoridad para gobernar la Iglesia por encima de Cristo y de su Palabra.

Textos bíblicos: Mateo 16:18; Hechos 2:41–47; 1 Corintios 12:12–27; Efesios 1:22–23; 2:19–22; 5:25–27; Colosenses 1:18.

30. La membresía regenerada

Creemos que la membresía de la iglesia local corresponde a quienes ofrecen una profesión creíble de arrepentimiento y fe en Jesucristo, han sido bautizados como creyentes y procuran vivir bajo el señorío de Cristo.

La membresía implica:

- * Pertenencia responsable.
- * Sumisión a la Palabra.
- * Participación en la adoración.
- * Comunión con los santos.

- * Uso de los dones espirituales.
- * Sostenimiento de la obra.
- * Cuidado mutuo.
- * Sujeción a la disciplina bíblica.
- * Compromiso con la misión.

La iglesia no es un lugar al que simplemente asistimos, sino una familia espiritual a la que pertenecemos y servimos.

Textos bíblicos: Hechos 2:41–42; Romanos 12:4–8; 1 Corintios 5:1–13; 12:12–27; Hebreos 10:24–25; 13:17.

31. El gobierno de la iglesia local

Creemos que cada iglesia local es autónoma bajo el señorío de Jesucristo y la autoridad de su Palabra.

La congregación posee responsabilidad final en asuntos como:

- * La recepción y disciplina de miembros.
- * El reconocimiento de sus oficiales.
- * La preservación de la sana doctrina.
- * La administración fiel de las ordenanzas.
- * La mayordomía de los recursos.
- * La cooperación voluntaria con otras iglesias.

La autonomía no significa aislamiento, independencia orgullosa ni ausencia de rendición de cuentas. Las iglesias fieles deben cultivar cooperación, consejo y comunión bíblica, sin abandonar su responsabilidad delante de Cristo.

Textos bíblicos: Mateo 18:15–20; Hechos 6:1–6; 13:1–3; 14:23; 1 Corintios 5:4–5, 12–13; 2 Corintios 2:6.

32. Los oficiales de la Iglesia

Creemos que el Nuevo Testamento establece dos oficios ordinarios:

Pastores, ancianos u obispos

Estos términos describen diferentes aspectos del mismo oficio. Los pastores deben ser hombres bíblicamente calificados, reconocidos por la congregación, capaces de enseñar, ejemplos de santidad y llamados a alimentar, cuidar, dirigir y proteger espiritualmente al rebaño.

Creemos que el patrón del Nuevo Testamento favorece una pluralidad de ancianos calificados cuando Dios los provea.

Diáconos

Los diáconos deben ser creyentes bíblicamente calificados que atiendan necesidades prácticas y administrativas, preservando la unidad y facilitando el ministerio de la Palabra.

La autoridad de los oficiales es ministerial, derivada y limitada por las Escrituras. Ningún líder está por encima de la Palabra, de la disciplina ni de la rendición de cuentas.

Textos bíblicos: Hechos 6:1–6; 14:23; 20:17,28; Filipenses 1:1; 1 Timoteo 3:1–13; Tito 1:5–9; 1 Pedro 5:1–4.

33. El bautismo y la Cena del Señor

Creemos que Jesucristo instituyó dos ordenanzas para su Iglesia:

El bautismo

El bautismo es la inmersión en agua de quien ha profesado personalmente arrepentimiento y fe en Cristo. Representa su unión con Cristo en su muerte, sepultura y resurrección.

No produce regeneración, justificación ni perdón, pero constituye un acto de obediencia, identificación pública con Cristo e incorporación visible a la comunidad local.

La Cena del Señor

La Cena del Señor es una conmemoración, proclamación y comunión espiritual mediante la cual la iglesia recuerda el cuerpo entregado y la sangre derramada de Cristo, anuncia su muerte y espera su regreso.

Los elementos no se transforman físicamente en el cuerpo y la sangre de Cristo ni comunican salvación automáticamente. Deben recibirse con fe, gratitud, reverencia, autoexamen y amor fraternal.

Textos bíblicos: Mateo 28:19–20; Hechos 2:38–42; 8:36–39; Romanos 6:3–4; 1 Corintios 10:16–17; 11:23–29.

34. La disciplina eclesiástica y la restauración

Creemos que Cristo ha confiado a la iglesia local la responsabilidad de cuidar la pureza doctrinal y moral de sus miembros.

La disciplina debe ejercerse bíblicamente, con humildad, paciencia, imparcialidad y amor. Sus propósitos son:

- * Glorificar a Dios.
- * Proteger el testimonio de la Iglesia.
- * Preservar la pureza doctrinal y moral.
- * Advertir a la congregación.

- * Llamar al pecador al arrepentimiento.
- * Procurar su restauración.

La disciplina nunca debe utilizarse como instrumento de control personal, venganza o manipulación.

Textos bíblicos: Mateo 18:15–20; 1 Corintios 5:1–13; Gálatas 6:1–2; 2 Tesalonicenses 3:14–15; Tito 3:10–11.

35. La adoración corporativa

Creemos que Dios mismo determina, mediante las Escrituras, cómo debe ser adorado. La adoración cristiana debe ser ofrecida al Padre, por medio del Hijo y en el poder del Espíritu Santo.

La adoración de la iglesia debe ser:

- * Bíblica.
- * Cristocéntrica.
- * Reverente.
- * Gozosa.
- * Santa.
- * Inteligible.
- * Congregacional.
- * Espiritualmente sincera.

La lectura y predicación de la Palabra, la oración, el canto, las ofrendas, la comunión y las ordenanzas forman parte de la adoración corporativa.

Rechazamos toda adoración diseñada principalmente para entretener, manipular emocionalmente o exaltar al ser humano.

Textos bíblicos: Éxodo 20:4–6; Juan 4:23–24; Hechos 2:42; 1 Corintios 14:26,40; Colosenses 3:16; 1 Timoteo 4:13; Hebreos 12:28–29.

36. Los dones espirituales

Creemos que el Espíritu Santo concede soberanamente dones a cada creyente para la edificación de la Iglesia, el servicio de los santos y la gloria de Cristo.

Ningún don constituye una señal indispensable de salvación o de madurez espiritual. Todos deben ejercerse con amor, orden, humildad y sometimiento a las Escrituras.

Creemos que los dones revelatorios y confirmatorios vinculados al fundamento apostólico —como el oficio de apóstol, la profecía revelatoria y el don de lenguas como señal— cumplieron su función fundacional y no continúan como dones normativos para la Iglesia.

Dios continúa obrando providencialmente, respondiendo oraciones y sanando conforme a su voluntad soberana; pero ninguna experiencia, impresión o mensaje contemporáneo posee autoridad equivalente a la Escritura.

Textos bíblicos: Romanos 12:3–8; 1 Corintios 12–14; 2 Corintios 12:12; Efesios 2:20; 4:7–16; Hebreos 2:3–4; 1 Pedro 4:10–11.

37. La misión de la Iglesia

Creemos que la misión principal de la Iglesia es glorificar a Dios haciendo discípulos de todas las naciones.

Cristo envía a su Iglesia a:

- * Proclamar fielmente el evangelio.
- * Llamar a los pecadores al arrepentimiento y la fe.
- * Bautizar a los creyentes.
- * Enseñar todo el consejo de Dios.
- * Plantar y fortalecer iglesias bíblicas.
- * Servir compasivamente al prójimo.
- * Formar discípulos que obedezcan a Cristo.

La Iglesia debe mostrar misericordia al necesitado y procurar el bien de la comunidad, pero no debe sustituir el evangelio por activismo político, reforma social o prosperidad material.

Textos bíblicos: Mateo 28:18–20; Lucas 24:46–49; Hechos 1:8; Romanos 10:13–17; 2 Corintios 5:18–20; Gálatas 6:10.

38. La Iglesia y el Estado

Creemos que Dios ha establecido autoridades civiles para preservar el orden y castigar el mal. Los creyentes deben respetarlas, orar por ellas y obedecerlas, excepto cuando exijan aquello que Dios prohíbe o prohíban aquello que Dios manda.

La Iglesia y el Estado poseen responsabilidades distintas bajo el gobierno soberano de Dios. El Estado no debe controlar la doctrina, adoración, membresía o misión de la Iglesia; y la Iglesia no debe abandonar su misión espiritual para convertirse en una institución partidista.

Defendemos la libertad de conciencia bajo la Palabra de Dios y la libertad religiosa para todas las personas, sin confundir tolerancia civil con aprobación moral o doctrinal.

Textos bíblicos: Daniel 3:16–18; Mateo 22:21; Hechos 4:19–20; 5:29; Romanos 13:1–7; 1 Timoteo 2:1–4; 1 Pedro 2:13–17.

VII. LOS ACONTECIMIENTOS FUTUROS

39. La muerte y el estado intermedio

Creemos que la muerte física separa temporalmente el alma del cuerpo.

Al morir, el alma del creyente entra inmediatamente en la presencia consciente y gozosa de Cristo, mientras espera la resurrección y glorificación del cuerpo.

El alma del incrédulo entra en un estado consciente de castigo mientras espera la resurrección corporal y el juicio final.

No existe después de la muerte una segunda oportunidad de salvación, purgatorio ni posibilidad de alterar el destino eterno.

Textos bíblicos: Lucas 16:19–31; 23:43; 2 Corintios 5:6–8; Filipenses 1:21–23; Hebreos 9:27; Apocalipsis 20:11–15.

40. El regreso de Jesucristo

Creemos en el regreso personal, visible, corporal, repentino y glorioso de nuestro Señor Jesucristo.

Cristo vendrá con poder y majestad para reunir a sus redimidos, derrotar a sus enemigos, vindicar su nombre, juzgar con justicia y consumir los propósitos soberanos de Dios.

Su regreso no es una metáfora del progreso religioso ni un acontecimiento meramente espiritual. El mismo Jesús que ascendió corporalmente regresará corporalmente.

Esta esperanza debe producir santidad, vigilancia, perseverancia, consuelo, fidelidad y urgencia evangelística.

Textos bíblicos: Juan 14:1–3; Hechos 1:9–11; Filipenses 3:20–21; 1 Tesalonicenses 4:13–18; Tito 2:11–14; Apocalipsis 19:11–16.

41. Israel, la Iglesia y las promesas de Dios

Creemos que la Iglesia e Israel están unidos en la salvación únicamente mediante la fe en Jesucristo, pero no deben identificarse de tal manera que se cancelen las promesas específicas e irrevocables dadas por Dios al Israel étnico.

La Iglesia no reemplaza definitivamente a Israel ni anula sus promesas nacionales, territoriales y espirituales. Esperamos una futura obra soberana de gracia mediante la cual un remanente amplio de Israel reconocerá a Jesucristo como Mesías.

Todo judío y gentil es salvo exactamente de la misma manera: por gracia solamente, mediante la fe solamente, en Cristo solamente.

Textos bíblicos: Génesis 12:1–3; Jeremías 31:31–37; Ezequiel 36:22–28; Romanos 9–11; Gálatas 3:26–29.

42. El reino milenar de Cristo

Creemos que Jesucristo regresará corporalmente para establecer y manifestar su reino milenar sobre la tierra, cumpliendo las promesas del Antiguo Testamento relacionadas con Israel, las naciones, la justicia, la paz y el gobierno mesiánico.

Durante este reino, Cristo gobernará como Rey y manifestará públicamente su autoridad sobre las naciones antes del juicio final y del estado eterno.

Reconocemos que creyentes fieles sostienen otras interpretaciones escatológicas. Esta convicción debe enseñarse con claridad, pero también con humildad, sin convertir los detalles secundarios de la cronología profética en prueba exclusiva de la salvación.

Textos bíblicos: Isaías 2:1–4; 11:1–10; Jeremías 23:5–8; Zacarías 14:1–21; Mateo 19:28; Hechos 1:6–7; Apocalipsis 19:11–20:10.

43. La resurrección y el juicio final

Creemos en la resurrección corporal de todos los seres humanos:

- * Los redimidos resucitarán para vida eterna.
- * Los impíos resucitarán para condenación eterna.

Jesucristo juzgará con absoluta justicia. Cada persona dará cuenta delante de Dios. La salvación de los creyentes descansará únicamente en la gracia de Dios y la justicia de Cristo, mientras sus obras manifestarán públicamente la realidad de su fe.

Los incrédulos serán juzgados conforme a sus obras y recibirán un castigo consciente, justo, irreversible y eterno.

Textos bíblicos: Daniel 12:2; Mateo 25:31–46; Juan 5:28–29; Hechos 17:30–31; 2 Corintios 5:10; Apocalipsis 20:11–15.

44. La nueva creación y la gloria eterna

Creemos que Dios creará cielos nuevos y tierra nueva, donde morará la justicia.

Los redimidos habitarán corporalmente con Dios, contemplarán el rostro de Cristo, servirán al Rey, disfrutarán de comunión perfecta y adorarán al Dios trino por toda la eternidad.

Toda maldición será removida. No habrá más muerte, llanto, dolor, pecado, separación ni noche. La creación será liberada de corrupción y la gloria de Dios llenará todas las cosas.

La esperanza cristiana no consiste meramente en escapar de la tierra, sino en la resurrección corporal y la vida eterna con Cristo en la creación renovada.

Textos bíblicos: Isaías 65:17–25; Romanos 8:18–25; 1 Corintios 15:50–57; 2 Pedro 3:13; Apocalipsis 21:1–5, 22–27; 22:1–5.

Contemplamos: el rostro de Cristo.

Esperamos: la resurrección y la nueva creación.

Perseveramos: porque nuestros sufrimientos presentes no se comparan con la gloria venidera.

Proclamamos: que Jesucristo hace nuevas todas las cosas.

VIII. ERRORES QUE RECHAZAMOS

A la luz de estas doctrinas, rechazamos:

1. Toda negación de la inspiración, inerrancia, autoridad o suficiencia de las Escrituras.
2. Toda enseñanza que coloque tradiciones, experiencias o revelaciones modernas al nivel de la Biblia.
3. El modalismo, el triteísmo y toda negación de la Trinidad bíblica.
4. Toda negación de la plena divinidad o humanidad de Jesucristo.
5. Toda negación de su nacimiento virginal, impecabilidad y resurrección corporal.
6. Toda explicación de la cruz que niegue la sustitución penal.
7. La salvación mediante obras, sacramentos, méritos personales o cooperación humana meritoria.
8. La regeneración bautismal.
9. El universalismo y toda idea de salvación fuera de Jesucristo.
10. El legalismo que procura merecer la aceptación divina.
11. El antinomianismo que convierte la gracia en licencia para pecar.
12. El evangelio de la prosperidad, que reduce la redención a salud, riqueza y éxito terrenal.
13. Toda pretensión de mediación espiritual que compita con la suficiencia de Cristo.
14. Toda adoración centrada en el entretenimiento, la manipulación o la exaltación humana.
15. Toda redefinición del matrimonio, la sexualidad y la identidad humana contraria al diseño creador de Dios.
16. Toda confusión entre la misión del evangelio y una ideología política.
17. La negación del regreso corporal de Cristo.
18. La negación de la resurrección corporal, el juicio final o el castigo eterno.
19. Toda forma de racismo, orgullo étnico, parcialidad o desprecio hacia personas creadas a imagen de Dios.
20. Toda doctrina que robe a Dios su gloria, disminuya la suficiencia de Cristo o distorsione el evangelio de la gracia.

Rechazamos estos errores no con orgullo, dureza o espíritu contencioso, sino con dolor pastoral, fidelidad bíblica y el deseo de llamar a todos al arrepentimiento y a la verdad que se encuentra en Jesucristo.

IX. RESUMEN CATEQUÉTICO

¿Cuál es nuestra autoridad suprema?

La Palabra de Dios, inspirada, inerrante, suficiente e inmutable.

¿Quién es Dios?

El único Dios vivo y verdadero, eternamente existente en tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

¿Por qué existe todo?

Para la gloria de Dios.

¿Cuál es el problema fundamental del ser humano?

Su pecado, culpa, corrupción y separación de Dios.

¿Quién es Jesucristo?

Dios Hijo encarnado, verdadero Dios y verdadero hombre, único Salvador, Mediador, Señor y Rey.

¿Qué hizo Cristo para salvarnos?

Vivió en obediencia perfecta, murió como nuestro sustituto, recibió el castigo de nuestros pecados, resucitó corporalmente e intercede por nosotros.

¿Cómo se recibe la salvación?

Solamente por gracia, solamente mediante la fe, solamente en Jesucristo.

¿Qué sucede cuando una persona es salva?

Es regenerada, llamada, llevada al arrepentimiento y la fe, justificada, adoptada, unida a Cristo, santificada y preservada hasta la gloria.

¿Qué es la Iglesia?

El pueblo redimido de Cristo, visible en congregaciones locales comprometidas con la Palabra, las ordenanzas, la comunión, la disciplina y la misión.

¿Cuál es nuestra esperanza?

El regreso glorioso de Cristo, la resurrección corporal, el juicio justo y la vida eterna con Él en la nueva creación.

X. NUESTRA CONFESIÓN CRISTOCÉNTRICA

Contemplamos a Jesucristo como:

- * El Verbo eterno por quien fueron creadas todas las cosas.
- * El centro y cumplimiento de las Escrituras.
- * El postrer Adán que obedeció donde nosotros fracasamos.
- * El Cordero de Dios que llevó nuestros pecados.
- * El sustituto que soportó nuestra condenación.

- * El Señor resucitado que venció la muerte.
- * El Sumo Sacerdote que intercede por nosotros.
- * La cabeza y esposo de la Iglesia.
- * El Rey que gobierna sobre las naciones.
- * El Juez que regresará con justicia.
- * La luz y gloria de la nueva creación.

En Cristo fuimos escogidos, redimidos, perdonados, justificados, adoptados y reconciliados. En Él recibimos una nueva vida; por medio de Él nos acercamos al Padre; mediante su Espíritu somos santificados; bajo su señorío vivimos; y con Él habitaremos por toda la eternidad.

Por tanto, confesamos nuestra fe no solamente con los labios, sino mediante vidas rendidas en adoración, santidad, comunión, compasión, perseverancia y misión.

“Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en él”.
Colosenses 2:9–10

XI. CONFESIÓN FINAL

Creemos:

- * En la gracia soberana del Padre.
- * En la redención perfecta del Hijo.
- * En la aplicación eficaz del Espíritu Santo.
- * En la autoridad suficiente de las Escrituras.
- * En la justificación solamente por la fe.
- * En la Iglesia santa y misionera de Jesucristo.
- * En la perseverancia de los santos.
- * En el regreso glorioso del Rey.
- * En la resurrección corporal.
- * En el juicio eterno.
- * En los cielos nuevos y la tierra nueva.

Confesamos que la salvación procede del Padre, fue realizada por el Hijo y es aplicada por el Espíritu Santo.

El pecador es salvo:

Por gracia solamente.

Mediante la fe solamente.

En Cristo solamente.

Conforme a la Escritura solamente.

Para la gloria de Dios solamente.

“Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén”.

Apocalipsis 1:5–6

Conclusión contemplativa

¡Contemplemos al Cristo incomparable!

La ley que quebrantamos, Él la cumplió. La justicia que no poseíamos, Él la proveyó. La condenación que merecíamos, Él la soportó. La muerte que nos aterraba, Él la venció. La vida eterna que jamás podríamos comprar, Él la concedió gratuitamente.

Nuestra esperanza no descansa en la firmeza de nuestras manos aferrándose a Cristo, sino en la omnipotencia de Cristo sosteniéndonos a nosotros. No somos aceptados por la perfección de nuestra obediencia, sino por la perfección de la suya. No seremos preservados por la grandeza de nuestra fuerza, sino por la fidelidad inmutable de su gracia.

A Él pertenecemos. Por Él vivimos. En Él perseveramos. Hacia Él caminamos. Y cuando aparezca en gloria, seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal como Él es.

“Digno es el Cordero que fue inmolado de recibir el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza”.

Apocalipsis 5:12

Soli Deo Gloria.